

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

← BARCELONA 30 DE JULIO DE 1888 →

NÚM. 344

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SITUACION COMPROMETIDA (Del cuadro de F. Fleischer)

SUMARIO

TEXTO. - *Nuestros grabados.* - *Exposición universal de Barcelona*, por don J. Yxart. - *En el palacio de la Industria*, por don M. A. - *El emperador Federico III*, por don Emilio Castelar. - *Un vestido de boda*, por don Angel R. Chaves. - *Noticias varias.*
 GRABADOS. - *Situación comprometida*, cuadro de F. Fleischer. - *Amores juveniles*, dibujo de Eugenio Kleimseel. - *El emperador Guillermo II.* - *Danza valenciana*, cuadro de G. Gómez. - *La selva de Ydar*, cuadro de A. Kessler. - *El chocolate*, cuadro de Casanova. - *Goldoni recitando una de sus comedias en el jardín Scotto*, de Pisa, cuadro del profesor A. Catt. - *El niño Jesús*, estatua tallada en madera por Pedro Barbará.

NUESTROS GRABADOS

SITUACIÓN COMPROMETIDA,
cuadro de F. Fleischer

Parece que los marqueses de antaño no eran muy difíciles en sus galanteos y que las doncellas de los buenos tiempos del siglo XVIII no pecaban ciertamente de esquivas. Y aunque pudiera objetársenos aquello de *el pintar como el querer*, ello es la verdad que el cuadro pintado por Fleischer, reproduce fielmente las ligeras costumbres de la época, tanto más censurable en cuanto las *ligerezas* de los viejos son menos excusables que las de los jóvenes. De ello resulta que nuestro lienzo es una verdadera sátira, y que como cuadro de género pertenecía sin duda al picaresco, que es un género muy socorrido, cuando se trata con intención, pero sin licencia como sucede en este caso.

Por lo que toca al título del cuadro, confesamos que se nos escapa el compromiso, como no sea que, ocupadas las manos de esa doncella, le falta libertad de movimientos para deshacerse á guantadas de esos extemporáneos libertinos.

A bien que, juzgando por el risueño semblante de la agredida, que es un modelo de expresión, no parece ofenderla gran cosa la conducta osada de ese par de espantajos.

AMORES JUVENILES, dibujo de E. Kleimseel

Este dibujo, si bien dentro de un mismo orden general de ideas, parece la antítesis del cuadro de Fleischer. En éste el sensualismo decrépito adquiere formas repulsivas, mientras en la obra de Kleimseel las primeras manifestaciones del amor revisten cierto carácter infantil que las despoja de toda malicia. Y sin embargo, su asunto viene á ser la primera página de un poema triste. Un joven, un niño casi, el hijo y heredero del poderoso señor de la comarca, galantea á la niña del mesón, á la hija de su vasallo. Mal comienza el ilustre vástago, y mucho será que esos *amores juveniles* no terminen de una manera desastrosa, porque, como dijo el insigne Bretón de los Herreros.

«Amores de tues y mías
Van de bolín de bolán»

DANZA VALENCIANA, cuadro de G. Gomez

Los artistas se inspiran frecuentemente en costumbres populares. La escuela holandesa es un modelo en este género, á pesar de que la mayor parte de sus asuntos se reducen á bebedores de cerveza en actitud más ó menos reposada. Mentira parece que argumento tan baladí haya dado lugar á tantas obras maestras. Los pintores de costumbres populares españolas han apelado más comunmente á las escenas bailables, lo cual tiene una explicación muy natural y sobre todo más noble. El baile popular es por regla general la expresión de un temperamento indígena; así, por ejemplo, es imposible confundir el *baile inglés* con el *can-can* y el *wals* arrebatado con la muelle habanera.

España tiene distintos bailes nacionales ó populares; pero si bien se observa, en todos se descubre, digámoslo así, la misma trama. Esta trama se remonta á la época de los árabes. Cuando éstos fueron arrojados de España, lleváronse consigo ciencias, artes, industria, comercio; todo lo proscribió un nacionalismo mal entendido, todo menos sus danzas. Muy lejos de esto, las danzas árabes, llámense bolero ó zarabanda, llámense muñeira ó jota, han sido el último pero indestructible refugio de las antiguas populares costumbres.

Germán Gómez ha reproducido típicamente la danza ó jota valenciana; su cuadro es una observación del natural pintada á conciencia. Pues bien, ¿tiene otra actitud la jota aragonesa? ¿Se mueven de otra manera los *baillaores* flamencos? Y apurando más el asunto, ¿toman acaso otras actitudes las odaliscas que distraen la monótona existencia de las damas del Serrallo?

Y he aquí como un cuadro bien pintado puede dar lugar á un estudio serio acerca del origen de las costumbres populares de una nación.

LA SELVA DE YDAR, cuadro de A. Kessler

Una de las cosas que más respeto nos han infundido siempre son los bosques. Todo el mundo se lamenta cuando la piqueta demolidora destruye un montón de piedras y pocos se compadecen del árbol que derriba la destal del leñador. Las pocas selvas que quedan apenas son ya queridas de los artistas. Y sin embargo, ¡cuántas cosas dicen á la imaginación los árboles seculares!.. A Kessler le ha dicho mucho y bueno la selva de Ydar, que nos remonta á los tiempos drúidicos. Junto á esos árboles gigantes todo resulta pequeño; cuando el pensamiento se eleva más alto que sus copas, puede decirse que se espacia por una región que no es la tierra. A ella vuela la mente de los artistas como Kessler.

EL CHOCOLATE, cuadro de Casanova

El artista ha pagado tributo á la idea del fraile regalón. La verdad del hecho es que fraile y chocolate son dos ideas correlativas; lo único que falta averiguar es cuál de las dos forma el antecedente y cuál de ellas la consecuencia.

Porque un pocillo de buen chocolate no es cosa de tomarse así como se quiera: no todos los paladares se han hecho para apreciar debidamente los productos coloniales. Pero el reverendo padre de Casanova es hombre que sin duda lo entiende. ¡Con cuánta fruición recuerda la parte comida, y con cuánta beatitud se dispone para engullir el resto!.. Ignoramos si Casanova ha tenido modelo para su cuadro; de no ser así, se ha de confesar que ha tenido verdadera intuición.

GOLDONI RECITANDO UNA DE SUS COMEDIAS EN EL JARDÍN SCOTTO, DE PISA, cuadro del profesor A. Catt.

Es de antiguo que la mayor parte de las ciudades italianas poseían un círculo ó lugar de reunión, donde los más selectos representantes del talento, de la gracia, de la aristocracia y de la belleza hacían alarde de sus particulares encantos, bien á la sombra de los árboles durante las horas de siesta, bien en las plazoletas de los jardines durante las poéticas noches en que la luna baña aquella península. Lo que fué en Florencia la *villa del Decamerone*, fué, en tiempo de los pelucos y tonillos, el jardín Scotto, de Pisa, compendio de todas

las magnificencias de la naturaleza toscana. Allí el inmortal Goldoni, regenerador de la comedia italiana, recitó sus obras ante una sociedad escogida, pendiente de los hermosos pensamientos del poeta, declamados con singular maestría. Tal es la escena que representa nuestro grabado.

EL NIÑO JESÚS

estatua tallada en madera por Pedro Barbará

Presente del artista á S. M. la Reina Regente durante su estancia en Barcelona

Sobre una nube que apenas oprime el delicado cuerpo del niño Jesús sostiénese éste de rodillas en actitud de implorar del Eterno Padre el perdón de la humanidad. La postura es elegante, el rostro infantil, hermoso y expresivo. Mide el original sesenta centímetros de altura.

EXPOSICION UNIVERSAL DE BARCELONA

LA VERBENA DE SAN JAIME

El gran arco destaca su negra mole, misteriosamente agrandada, sobre el fondo del cielo que alumbrá pálidamente la luna. Junto á las taquillas, en la sombra, los faroles con el rótulo: *Entrada, una peseta - No se da cambio*. En hilera, con buen orden y silenciosos, vamos pasando uno á uno por el torniquete que da vueltas sin parar y suena con la acompasada regularidad de la rueda dentada, por debajo del monton de pesetas. Caen estas tan al compás del tic-tac de la rueda, que parece que las vá acañando allí mismo.

Atravesamos el Salón de San Juan, cuyas paralelas, bajo la sombra de los árboles, delinean los mecheros con sus puntitos de luz en hilera hasta perderse á lo lejos. - En los antiguos y pintarrajados cosmoramas, la luz de los faroles de las calles ó paseos se representaba por líneas de agujeros hechos con un alfiler; al trasluz, el efecto era completo. - La vista que teníamos delante parecía las de aquellos cosmoramas, recuerdo de la infancia. Sólo algunos pabellones, con la viva claridad de su iluminación interior, rompían la monotonía de aquellas sartas de luces.

En el Paseo de Pujadas, los focos eléctricos la derraman aún más viva sobre la vía anchurosa á donde va desembocando la multitud. La banda municipal *ameniza* el paseo, como dicen las gacetas; los farolillos de los atriles, en rueda; los mecheros del próximo café, centelleando detrás. - La escalinata interior del Salón de Bellas Artes está alumbrada con luz eléctrica, que proyecta intensamente ennegrecida la sombra de las columnas del vestíbulo. También hay otros focos eléctricos en la sala de conciertos, pero colocados de modo que agrandan doblemente la ya inmensa sala, sin alumbrarla enteramente, sin prestarle belleza alguna. Parece un vastísimo desván. La gente taconeá sobre el tablado; en diseminados grupos entra curiosa, pero se retira pronto con aquella impresion singular, en algo parecida al miedo, que causa un gran salón desmantelado, resonante y vacío.

Enfrente de él, al otro lado de la verja, las paredes sin estuco del restaurán brillan como enrojadas por una hoguera, á través de su elegante arquería árabe. A fuera, la luna arriba y la luz eléctrica abajo bañan las copas de los árboles en ese fulgor indefinible de apoteosis teatral, que dá al verde de la vegetación tonos y matices del verde submarino, de la flora esmaltada y fantástica que crece en los jardines de hadas y sílfides.

La muchedumbre va creciendo, y recorre el paseo de los Tilos, alumbrado también por triple y cuádruple línea de faroles. - El pabellón del Círculo mercantil parece arder como un ascua con alegre claridad, con el risueño aspecto de veraniego casino. Seguimos la corriente de la multitud que se dirige paseo arriba, atraída por los vivos reflejos de pabellones y kioscos fronteros al Palacio de la Industria. - La estatua de Prim apenas se divisa en la oscuridad plazoleta. - Así quedan también á la derecha, silenciosos y en la sombra, el invernáculo y el Museo Martorell.

De pronto, al dar la vuelta por una de las calles de la izquierda, nos sorprende el mágico espectáculo de la fuente de colores. Por encima de una multitud inmensa y compacta que no permite dar un paso, y llena, ennegrecida por la relativa oscuridad, la vasta plaza de Armas, se alzan en bullidor raudal los grandes chorros de agua del estanque, relumbrando como vaporosas columnas de fuego, de oro líquido, de sangre hirviente. Una tenue neblina verde ó azul envuelve aquella masa líquida, que recorta en la sombra vaga del ambiente sus caprichosas líneas. Todos los grupos, hombres, mujeres, niños, sentados, de pie, discutiendo á duras penas, codeándose, empujándose, todos contemplan fascinados el raudal inflamado, cuyos colores varían al infinito. Ya hierve el centro como materia ígnea, como el hierro en fusión, mientras el ondulado penacho de cada surtidor se deshace en lluvia de diamantes; ya brotan de los caños inferiores chorros verdes y azules que se derraman formando abanico; ya la luz blanca, fulgurante, diáfana, trueca de pronto en haz cristalina las rojizas ó violáceas llamaradas que surgen del estanque. El rumor del agua se confunde con el zumbido de la multitud. - En el fondo, por encima de los cuarteles, se va en otra columna de humo la fuerza que produce tales maravillas, y ronca la máquina de vapor.

Logramos llegar hasta el hemiciclo, y otra masa compacta, más allá del otro estanque, lo llena todo, sentada como en la gradería de un vasto anfiteatro. - Atravesamos la calle de kioscos y pabellones, y tampoco nos es dado

circular con libertad; cafés, restauranes y horchaterías rebosan animación; chispean sobre las mesas copas, botellas y bocks con su corona de vistosa espuma.

Damos la vuelta al Palacio, y seguimos la fachada de pintados postes, la interminable curva reentrante que tanto la asemeja al exterior de una plaza de toros: entre los árboles, nuevos cafés, y aguaduchos, que se aburren solitarios en aquellos rincones menos concurridos, bajo la batería de gas que arde inútilmente; algún sereno de parte refrescando con el mozo sentado y fumando su cigarrillo.

Al llegar al pie de la escalinata, contemplamos breve instante sobre nuestras cabezas el puente de hierro como colgando esbelto en el espacio, adornado por sus candelabros de gas. Subimos. Debajo de él, masas de sombras salpicadas por las linternas ambulantes de los peones de la vía férrea, por los faroles rojos de la locomotora, que avanza, crece, silba ensordecedora y vibrante, hace retemblar el aire y pasa. A lo lejos se divisan reflejos de luz en las manzanas de casas, en lo más alto de las fachadas; más allá, los campanarios fantásticos; más allá, Monjuich envuelto en la tenue y brumosa luz de la luna. Todo agrandado, todo indeciso y flotante, animado por la actividad del tráfico, que no cesa de noche, pero que se esfuma y apaga con misteriosa sordina la franca vibración del día.

Nos aproximamos al mar. En la sección marítima circula la muchedumbre como sobrecogida por el sublime espectáculo. La claridad de la luna se esparce con mayor libertad, sin ser vencida por los más vivos destellos de la luz artificial... Todos nos dirigimos á la miranda, donde algunos permanecen horas enteras sin despegar los labios. El mar está en calma, pero aun en calma, su potente rumor los sofoca todos, y el tumbo de las olas estrellándose en el arazón de hierro del tablado resuena debajo de él acompasado y sordo como lejano estampido. La luna riela en la inmensa y satinada sábana con ráfaga anchísima de luz, pero su reflejo se quiebra antes de llegar á la playa y sólo se prolonga en desigual cabrilleo sobre la onda: trozos de espejo flotando en el agua.

De vuelta, pasamos por delante de la galería de máquinas: nos detenemos en las instalaciones de luz eléctrica, cerradas con cristales, henchidas de aquella deslumbradora claridad, azulada ó mate, viva, y, sin embargo, fría, silenciosa: luz que parece la más propia para alumbrar el poderío industrial, la apoteosis del omnipotente progreso de la materia, el trabajo nocturno y sin tregua, pero que no alegra, no anima, no colora; que no es fiesta, ni poesía, que no es iluminación, sino alumbrado.

En esto, estallan en el aire con estrépito los primeros cohetes de los fuegos artificiales. La gente corre, aprieta el paso; el hemiciclo y la plaza de armas, que rebosan ya, reciben por todos sus afluentes doble caudal. Es imposible transitar: todas las bocacalles, obstruidas; todos los puntos de libre circulación, interceptados. Hay que permanecer en pie, mirando al cielo, recibiendo los empellones, viendo pasar en alto sillas para las señoras... contemplando girar las culebras de fuego envueltas en humo que terminan disparando ruido en todas direcciones, y oscilan un instante carbonizadas en lo alto de un palo, go-teando ascuas.

Cuando por fin nos abrimos paso, atravesamos la acera de los cuarteles y codeamos al centinela que, indiferente y con el arma al brazo en medio de la multitud divertida y alegre, se pasea para recordarnos, sin duda, la laudable obstinación y la justa privanza de todo fuero militar. Nos desviamos con respeto, é intentamos acercarnos al lago, al kiosko japonés con sus múltiples farolillos de colores, moviéndose al soplo del viento. En el lago dormido serpentean las luces; junto al kiosko, más grupos contemplan por el reverso las mismas serpientes de fuego que vimos por el anverso.

Mientras estallan más petardos y silban los nuevos cohetes que prolongan su lastimero chillido por los aires, atravesamos la plaza de la cascada sin iluminar, que adelanta sus monstruos colosales, parecidos á tal hora á trastos de una decoración arrinconada é inservible.

Por las veredas de los jardines por donde discurre alguna pareja, apartada filosóficamente del *mundanal ruido*, salimos de nuevo al paseo de los tilos; trasponemos la puerta antes de que empiece el desfile general. Los municipales á caballo charlan todavía juntos, aguardando la hora de decorar la salida, á la conveniente distancia, como estatuas ecuestres.

Tomamos el tranvía, ya lleno. La calle de la Princesa prolonga hasta perderse de vista su espléndida guirnalda de globos. ¿Más iluminaciones todavía?... Sí; luces en todas partes, y en todas partes gente: en el paseo de San Juan, en la calle de Ronda, en su esquina, en frente, en el arco-cascada... El paseo de Gracia, animado, concurrido, como si no hubiésemos visto en la Exposición á todo el vecindario. Vocean aún los dueños de los barracones llamando la última pieza de diez céntimos; aún volteá el manubrio del organillo, pero suena gangoso, cansado... En las mesas del café de Novedades más gente, como si no hubiéramos visto todos los aguaduchos, todos los cafés, todos los restauranes reunidos dentro de la Exposición... Y ni un grito, ni una disputa, ni una carrera... ¡Paz en el cielo y en... las calles!.. Luz, más luz, mucha luz en todas partes... y animación, alegría y bienestar por fuera... ¡Qué pueblo este!

J. YXART

25 julio.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

(Artículo tercero)

GALERIAS 1 y 2

Bélgica

A los estadistas mantenedores de la teoría de que la prosperidad de los pueblos está en razón directa de su extensión territorial y de sus elementos de defensa y de agresión, puede oponerse ventajosamente el ejemplo de Bélgica. Esta nación, situada en el centro de Europa, no es importante ni bajo el punto de vista de su población, ni bajo el de su fuerza militar. Y, sin embargo, bien puede decirse de ella que pocas la igualan y menos la aventajan en la variedad y perfección de sus productos.

Bélgica tiene una fisonomía particular: es como si dijéramos una nación que vive en familia entre naciones ensoberbecidas por el triunfo ó irritadas por el vencimiento; de suerte que mientras sus vecinos duermen solamente de un ojo y con el dedo puesto en el disparador, ella no quita la mano de la lanzadera ó del martillo, es decir de sus elementos de trabajo. A ese pueblo podríamos llamar la hormiguita de Europa: demasiado débil para intervenir en las grandes cuestiones internacionales que consumen á menudo las fuerzas vivas de las potencias de primer orden, aprovecha la paz en que éstas la dejan para aumentar las provisiones de su granero, y estudiando siempre, mejorando siempre, sin pretensiones, sin ruido, cuida la hacienda de sus hijos, la acrece, y suministra á cada uno de aquellos una suma de bienestar positivo y envidiable.

Los políticos dan cierta importancia á la tirantez de relaciones entre los llamados católicos y liberales de Bélgica, tirantez que no ha mucho se tradujo en conmociones lamentables. Pero esta sobreexcitación transitoria y que sin duda harán desaparecer prudentemente los elementos sanos de uno y otro bando, no debe haber penetrado gran cosa en el cuerpo nacional, cuando éste viene dando todos los días pruebas manifiestas de su virilidad. Fuera mucho mejor, sin duda alguna, que esas conmociones no se produjesen, y tampoco las que algunas veces se insinúan allí por cuestiones de trabajo, en las cuales el socialismo y aun el anarquismo asoman algo más que la punta de la oreja. Mas, seamos lógicos: hay problemas cuya solución engendra otros problemas, causas que producen efectos obligados, pero que no destruyen esencialmente el organismo cuando es sano; bien así como los cuerpos más robustos están sujetos, por efecto de esta misma robustez, á ciertas enfermedades peculiares pero no mortales. El pavoroso problema del trabajo es la enfermedad eruptiva de los pueblos más adelantados; pero ninguno de éstos sucumbe á ella. Inglaterra es la primera nación industrial del mundo, y sin embargo, Dios y los ingleses saben hasta qué punto se agita en su seno la cuestión social.

En Bélgica, como en todos los centros importantes del humano trabajo, existe cierta enemiga entre el patrono y el obrero; se predicán á éste absurdos que alguna vez le conducen á extremos lamentables; se apela allí como en todas partes al medio contraproducente de las huelgas; pero después de todo, los progresos de la industria no se detienen, y basta visitar la Exposición de Barcelona para venir en conocimiento del puesto que en la escala industrial ocupa el pueblo belga. Sus instalaciones ocupan aproximadamente la mitad de la galería 1 y la galería 2 por completo; bastando un rápido exámen de ellas, ese ligero examen que la curiosidad impone el primer día de visita al espíritu más analítico y observador, para convencerse de la variedad de industrias cultivadas en esa nación. Mas en honor de la verdad sea dicho, Bélgica no ha concurrido al certamen barcelonés con el propósito, digámoslo así, de exhibir sus galas, sino como se expone un muestrario en un bazar donde se espera tendrán lugar abundancia de transacciones. En una palabra, Bélgica ha concurrido á nuestra Exposición bajo el punto de vista utilitario, y es la verdad del hecho que no se la puede hacer un cargo por ello.

Esos certámenes universales se han prodigado sin razón. En un principio, las naciones concurrieron á ellos generosamente, con el desprendimiento hidalgo del que acepta de buena fe la invitación para una fiesta, que paga harto cara en gastos hechos para presentarse convenientemente en ella. Mas cuando los pueblos sagaces, y Bélgica lo es sin duda, se han convencido de que las Exposiciones universales se iban convirtiendo en reclamo para atraer simplemente la atención hacia un punto determinado de Europa, han hecho lo que aquellas madres que solo llevan sus hijas casaderas á los bailes donde se prometen hallar novios apetecibles. Y he aquí como lo que empezó por ser objeto de ostentación y lujo ha degenerado, bajo cierto punto de vista, á un simple medio para ensanchar la parroquia de cada producto. Varios son los escritores que han comparado las últimas Exposiciones



AMORES JUVENILES, dibujo de Eugenio Kleinsel.

universales á una de esas grandes ferias que tenían lugar en pasados siglos. Tenemos por exacta la comparación. Ahora bien, á aquellas ferias se llevaban por los mercados los artículos de consumo, los productos que podían prometerse compradores. Esto ha hecho Bélgica en el certamen barcelonés, con lo cual ha evidenciado que en cuestiones de comercio está por lo positivo.

Las instalaciones belgas se encuentran junto á las francesas: desde luego se echa de ver la afinidad de sus industrias comunes, afinidad que se explica por la vecindad y continuas relaciones entre ambos pueblos. Los consumidores, en su perplejidad, aprovechan la verdadera competencia de precios que se ha establecido entre los fabricantes de una y otra nación, competencia que, en ciertos artículos como por ejemplo hierros manufacturados y papel en sus diversas variedades, se decide frecuentemente en favor de Bélgica. En cambio, siempre que el mérito del producto consiste en algo más que su bondad intrínseca, en todos aquellos artículos en que el género y el buen gusto intervienen, aunque sólo sea bajo el concepto de la forma ó siquiera de aquello que nuestros vecinos designan bajo el nombre intraducible de *chic*, Bélgica no puede sostener la comparación con Francia.

Así se explica la índole de los objetos expuestos: por ejemplo, mientras las confecciones de Dujardin hermanos de Lenze, ejemplar único de esta sección, no caben ser igualadas á sus similares francesas, sin negar que tienen recomendable aspecto; los ejemplares de metalurgia aplicada á la industria se encuentran á muy buena altura. Del mismo modo, si sus cristalerías de adorno y mesa de Val Saint-Lambert y de la compañía *Colectividad de cristalería*, al igual que sus porcelanas, imitación de las japonesas, de Boch hermanos de la Louviere, no se hallan en el caso de competir con los productos de Baccarat y los inimitables de Sevres, en cambio sus hierros, con destino especialmente á carruajes, de Bruselas, y sus fundiciones de acero de Valerio Mabilie y de Dejaer Mullenderz y compañía, de Lieja, nada dejan que desear al consumidor y resisten toda competencia en este ramo industrial. Otro tanto podemos decir de la espejería: Hainaud y Courcelles han presentado ejemplares de un tamaño verdaderamente extraordinario, notables igualmente por su tersura y perfecta transparencia. Como materiales aplicables á la industria son no menos notables las planchas de hierro y acero expuestas por Jaspar, de Lieja, y aunque en aplicación distinta, las vajillas metálicas y objetos de cocina de Charlet y los de lampistería de Lempereur y Bernarth, de Lieja, de dibujo recomendable.

Sin salirnos de la metalistería podemos aun mencionar, y mencionar honoríficamente, los cables y cordelería metálica de Charleroy, de una fuerza de resistencia formidable, y sus fundiciones artísticas de la *Compañía de Bronces*, de Bruselas que, aunque propiamente en otro orden de productos, son notables y llaman la atención

general, si bien podrían difícilmente sostener la comparación con artículos similares de Francia. Finalmente, en industrias metalúrgicas ha expuesto Bélgica armas de fuego de la casa Bertrand é hijos de Lieja y cañones de escopeta de Lochet.

Bien porque sus productos ó manufacturas de algodón no pueden sostener la comparación con sus similares de otras naciones, principalmente Inglaterra, bien porque comprendieron sus productores que la industria algodonera se halla suficientemente adelantada en Barcelona para que en su Exposición pudieran representar un papel superior en este ramo de industria; ello es que Bélgica no ha exhibido tejidos de algodón. En cambio los ha expuesto de hilo y de lana, si bien no con la abundancia que era de esperar, sobre todo en los artículos de esta última clase que fabrica muy á conciencia. En tejidos de hilo llaman la atención preciosas mantelerías de Thienport é hijos, de Gante, y en filatura y tejidos de lana la *Sociedad anónima*, de Lott, con sucursal en nuestra población vecina de San Andrés de Palomar.

Exponen, además, instrumentos y objetos de óptica la casa Rosso, de Amberes; prendas confeccionadas con telas impermeables la sociedad *Mines Natalis*, de Lieja; almudones los señores Reney y compañía de Lovaina; productos chicoreos las casas Zuydschotte; encajes muy recomendables por cierto el fabricante Cock de Brujas y Lavalette; chimeneas de mármol el escultor Víctor Denis de Bruselas; artículos alimenticios, que se conservan durante mucho tiempo, la Intendencia militar, siendo de estudiar unas galletas que mantienen su agradable aspecto, y hemos de suponer que también sus propiedades generales, á pesar de llevar año y medio de fabricación: tres de estas galletas, cuyo tamaño es poco mayor que el de nuestros bizcochos finos, son ración de pan suficiente para un soldado en campaña.

Han expuesto licores y destilaciones las casas Rouler y Hasselt de Amberes y la célebre fábrica que produce exquisitas cervezas y la famosa ginebra de la *Campana*, universalmente acreditada. Productos de tierras refractarias, cocks y carbones de Strepy y los famosos porfiros de Quenart, cuya dureza

han comprobado los pavimentos de nuestra calle de la Princesa y de una sección de nuestros muelles, dan apenas idea de la riqueza que Bélgica extrae de las entrañas de la tierra.

Por último, una nación tan adelantada como la que nos ocupa no podía menos de exhibir muestras siquiera de su progreso tipográfico. Las ediciones belgas gozan merecido concepto entre industriales y hombres de letras, concepto que sostiene dignamente en nuestro gran certamen la Universidad católica de Lovaina y la casa Desclée Lefebvre y compañía de Tournay, que ha expuesto preciosas imitaciones de antiguos códices y libros curiosos aplicadas á misales y sacras para el Santo Sacrificio. Las fábricas de papel, auxiliares principales de la industria tipográfica y por ende del comercio de libros, se hallan representadas por los productos de las casas Godin é hijos y Broux y Compañía que ha expuesto una pieza de papel de extensión 6,000 metros y peso 290 kilos.

Sentiríamos haber prescindido de algún objeto recomendable que haya sido expuesto en nuestro Palacio de la Industria, y lo sentiríamos tanto más en cuanto al repasar nuestros apuntes y al comprobarlos con las instalaciones belgas, encontramos que esta nación ha defraudado nuestras esperanzas. Esas instalaciones no dan verdadera idea de la importancia industrial, de la altura á que se encuentra esa nación verdaderamente adelantada. Entre otros ejemplos que pudiéramos citar nos contentaremos con aludir á dos industrias. Bélgica tiene merecida reputación por la fabricación de armas de fuego y por la de encajes. Los hombres de armas y las damas elegantes confirmarán sin duda nuestro aserto. Pues bien, esa reputación no se halla justificada en nuestro universal certamen; los productos de estos ramos son en él pocos y no atraen la atención como pudieran haberlo hecho. La razón de esta deficiencia no es difícil de encontrar. Hoy día los productos que gozan de más justo crédito tienen establecidas representaciones permanentes en casi todos los centros consumidores; sus artefactos nos son conocidos sin necesidad de que se expongan al público; el *comisionista*, profesión que se ha multiplicado extraordinariamente en los últimos años, ha sustituido al aparador, y se encarga de exhibir el producto allí donde sospecha siquiera que pueden consumirlo. Agréguese á esto la facilidad con que se realizan viajes que antes eran caros y molestos, la misma generalización de artefactos que permite examinarlos funcionando y adquirir noticias de aquellos que los han sometido ya á prueba; y de todas estas razones, deduciremos la consecuencia de que esas grandes manifestaciones del trabajo universal han perdido casi del todo su razón de ser.

Y tan es así que, continuando nuestro examen de la Exposición barcelonesa, hemos de ver como la deficiencia de la exhibición belga es general en todas las naciones



EL EMPERADOR GUILLERMO II

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA.—BELLAS ARTES



DANZA VALENCIANA, copia del cuadro de Germán Gómez

ALFONSO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA



EN LA SELVA DE YDAR, por A. Kessler

concurrentes al certamen y mucho mayor en alguna que industrialmente se encuentra muy por encima de Bélgica. Este examen nos conducirá á la deducción, muy lógica por otra parte, de que cuanto es más superior el producto fabricado, menos necesidad tiene del anuncio, del reclamo y de la exhibición trashumante en Exposiciones de mayor ó menor importancia.

(Se continuará)

EL EMPERADOR FEDERICO III

Caso dolorosísimo la muerte del Emperador de Alemania, en quien se han visto resplandecer las esperanzas, por mí tantas veces presentadas, que ahora se han desvanecido, para desgracia de nuestra Europa, dejándonos, cual dijo el gran poeta castellano, en la misteriosa muerte del primogénito de Felipe, «miedo en el corazón, llanto en los ojos». Republicano de todas veras y de toda la vida, los afectos liberales se imponen con tal fuerza en mi corazón y lo avasallan, que deploro el malogro de un monarca tan alto y poderoso como Federico III, por la mengua y disminución que trae á la libertad y al derecho de razas tan ilustres como las razas germánicas. En verdad, si algo prueba cuán obligados están los pueblos al ejercicio de su propia soberanía y á la práctica del derecho y del gobierno, es la brusquedad terrible con que pasamos de la esperanza con Federico III á la desesperación abierta con Guillermo II, como si, por cambiar de monarca, hubiera cambiado Alemania de compleción y de naturaleza. Gobernarse por sí misma, cogiera en sus manos la propia dirección, dejara el derecho á cada ciudadano, pusiera el pensamiento y la voluntad nacional en dos cámaras, alcanzara el régimen de libertad, y podrían cambiar los monarcas en Alemania, sin que la conciencia humana se obscureciera como se ha obscurecido ahora y sin que se perturbara la tierra entera como ahora se ha perturbado tristemente. Delicias del género humano llamaron los historiadores un tiempo á Tito, sin duda porque lo tierno de su corazón y lo breve de su imperio llegaron á exentarle de los males y de los vicios consiguientes á todo cesarismo. Pues delicia del género humano llamaremos estos últimos tres meses, en los cuales, despertándonos como quien se despierta de una pesadilla, despertándonos del pretorianismo implantado en el centro de nuestra Europa, creemos ver dibujarse una esperanza de paz y libertad sobre la soberbia monarquía germánica. Padece demasiado hoy en este régimen de la reacción económica, del pretorianismo insolente, de los imperios militares, del estado ante guerra continuo, del empobrecimiento universal, para que no saludáramos á quien dijo en los asomos de la última primavera, desde las alturas de un solio erigido sobre un escudo y rodeado de amenazadoras legiones, que no estimaba como la más alta de las glorias humanas la gloria militar y no creía ningún honor aseguible al hombre tan grande y duradero como el honor de reinar sobre un pueblo soberano y libre.

La fatalidad ha querido que príncipe tan profundamente liberal llegase al trono en los días en que á sus pies llegaba la muerte. Pero si algo prueba como la fe viva en una idea mantiene al hombre contra los decretos mismos de la naturaleza y le presta fuerzas morales con que vencer y apartar por un momento de su cabeza el rigor inexorable de la fuerza material, es la horrible pero sublime agonía de Federico III, aprovechando los últimos instantes del vivir penoso é incierto para sembrar la verdad. Pocas escenas tan trágicas recordarán los humanos anales como el combate mantenido al rededor del moribundo por todos los individuos cesaristas con todos los individuos liberales de su familia, empeñados aquellos en arrancarle hasta la fugaz corona ceñida en el caso de su existencia malograda, y empeñados éstos en que inscribiera su nombre glorioso, aunque fuese con resplandor fugaz, en los épicos anales de nuestra libertad. Nunca le agradeceremos bastante á su tierna é infeliz esposa la energía opuesta por su férrea voluntad contra las imposiciones del Canciller alemán, muy resuelto por no interrumpir ni un minuto su enorme dictadura, y contra las obsesiones del heredero, muy ganoso de su cuantiosa herencia. La muerte descubre ahora que la opinión pública europea tuvo iluminaciones infalibles, adivinando y maldiciendo lo sucedido en torno de aquel tristísimo lecho, en que agonizaba el Imperio liberal de Alemania. Ese doctor inglés tan aborrecido por la corte reaccionaria, tan calumniado por los venenosos reptiles bismarkistas, ha merecido bien de la humanidad, al proceder en su cura de muerte que viera el mundo cómo podía oponerse al borde mismo de un sepulcro, la política verdaderamente cristiana y liberal de un alma luminosa y grande á esa política reaccionaria y militar que acongoja á toda Europa, y nos trae hace tiempo, á guisa de guerra devastadora, en desolación y en ruina. Si las operaciones radicales propuestas por el colegio médico del partido bismarkista se hubieran efectuado, no llega, no, Federico III al trono de un día para dejar el germen inextinguible de progreso, y muere sin remisión á la fuerza y á la violencia del remedio. La medicina inglesa, tan criticada por los imperiales y con tanto acierto propuesta por la enérgica esposa del moribundo, ha mantenido la vida en los momentos de su próxima extinción el tiempo necesario para sembrar en la conciencia germánica una incontra-

table aspiración á su libertad y á su progreso. Esos llamamientos desde las alturas á la religión del derecho, esas invocaciones trágicas verdaderamente, pero desinteresadas, porque provenían de un moribundo, ese combate del cadáver galvanizado por la idea con tantas siniestras sombras de lo pasado ¡ah! no ha sido inútilmente, y habrán de refrenar las voluntariedades y los caprichos del inexperto mozo, en quien recae una tan sacra herencia. Federico III, envuelto ya en las tinieblas que de su próximo sepulcro se alzaban, extinta la voz como presa del silencio de la eternidad, sobre sus huesos calcinados por la fiebre y comidos por el cáncer, acaba de mostrar cuánto puede la humana voluntad, no despidiendo un ministro como Puttkamer, cosa en último término facilísima, condenando, como si una inspiración divina se lo sugiriera, en el momento supremo que sólo deja ver la idea de justicia, un sistema de política siniestra consagrado á convertir Alemania en una especie de predio imperial y á los electores alemanes en una especie de rebaño, con lo que no solamente se pudre aquel suelo, se pudre y se contagia tarde ó temprano toda la humanidad.

Pocos días antes de mediar junio, la enfermedad que aquejó en los últimos ocho meses á Federico III tocaba en sus postrimerías. El infeliz enfermo apenas podía valerse, y sin embargo, reconcentraba en sí la voluntad con la inteligencia para irse del mundo sin desfallecimiento y sin temor. Con miradas, y no con frases, mudo ya por completo; con gestos y no con ideas, separado ya del mundo, escribía el testamento de su vida llegada entre horrores al trance postrimero. Ya cogía la mano de su mujer y la colocaba entre las manos de Bismarck; ya pugnaba por transmitirle á su hijo con la última luz de sus ojos los efluvios más vivos de su alma; pero todo, todo en vano, porque la fatalidad lo había dispuesto de otra manera, y sus efusiones iban á estrellarse contra la implacable razón de Estado representada por el joven César y su primer ministro. Al fin y postre, aquella vida tan porfiada en aquel cuerpo tan roto se acabó para siempre. Un catre de hierro recibió sus restos, un manto blanco de lana los cubrió y una corona de laurel guerrero, muy repulsivo á quien amara sobre todo la libertad y la paz, quedó sobre aquel mudo y vacío pecho en que latiera un corazón todo él para la humanidad. Bien diversos los funerales suyos y los funerales del padre. Llegado éste al natural término de su vida, representante de ideas contrarias á las que privan hoy en el humano espíritu. Emperador férreo y autoritario, naturalmente obtuvo las aparatosas honras fúnebres que pueden ofrecer los poderosos á sus héroes, mas no esas lágrimas que han regado la tumba de su hijo, no esas coronas de yertas pero bien olientes flores de las malogradas que acaba de llevarse consigo. Sobre todo, hay junto á Federico III la tierna y poética figura de su esposa, que provoca y atrae desde las altas eminencias, á donde la elevaron su nacimiento y su destino, compasión universal. Nacida en tierra de libertades; criada entre los estruendos de la tribuna y de la prensa; hija por su alma y por su educación del siglo décimonono, ideó trocar ese cuartel de pretorianos llamado Prusia en una sociedad moderna de ciudadanos libres; y este humano ensueño, de su historia honor y de su viudez consuelo, hala hecho infeliz y mártir, como suelen todas las grandes ideas hacer á los que las profesan, pero en una infelicidad y en un martirio superiores de suyo á todas las satisfacciones granjeadas por el triunfo innecesario y por la fortuna ciega. El mundo jamás olvidará, jamás, el combate á muerte por ella sostenido con los que detestaban las instituciones parlamentarias y atribuían á la virtud y poder de su influjo el mantenimiento de las ideas progresivas en Alemania, como si estas ideas pudieran alguna vez extinguirse y apagarse por completo en la humana conciencia. Lo cierto es que su férreo suegro, después de haber pugnado con tanto empeño contra la opinión prusiana enemiga de reinas extranjeras, abandonóla por completo, en cuanto advirtió lo vivo de sus ideas liberales y lo arraigado de su educación constitucional, y no menos cruel fué con ella durante los años últimos el canciller Bismarck. ¡En cuántas ocasiones el dardo sarcástico que vibraba en sus labios acerbos, iba derechamente á clavarse, no en el partido parlamentario, á sus ideas y á sus proposiciones opuestas, en la princesa insigne, que mantuviera vivo el fuego de la esperanza liberal en Alemania! Y Bismarck y Guillermo I eran por todo extremo injustos. Las ideas liberales aparecen como ideas innatas en el emperador Federico. No cede, no, á sugestión alguna en su voluntad y en su pensamiento; brota la idea viva en su espíritu como puede brotar un raudal en la montaña espontáneamente. Además, por dos lustros ha ido á las universidades alemanas; y en las universidades alemanas, quíeránlo ya ó no lo quieran sus césares, aprende la juventud el derecho que trae consigo cada hombre al nacer. Luego, allí se oye un coro de alabanzas perpetuo al gran rey Federico III, alma verdadera de Prusia y de su dinastía. Tal rey no aparece, no, en la historia como un rey reaccionario. De ser un rey reaccionario, no sería un rey tan excelso y tan grande.

La naturaleza del emperador Federico III, la conciencia, la educación, el ejemplo de su ilustre predecesor influyeron en su vida, y no el ejemplo y el influjo de su mujer. Yo puedo testificar esta verdad por mí propio. En mis varios viajes he ido á Neuchatel y tratado á madame Godet, primera institutriz del príncipe, señora de alta inteligencia y muchas virtudes, quien me dijo siempre, como lo ha confirmado el tiempo, las invencibles, por naturales, propensiones de su discípulo á la moderna

libertad. Bien pocos años tenía, cuando en respuestas oficiales al Ayuntamiento de Brandeburgo, alboreaban ya sus ideas como intuiciones de la infancia. En la universidad célebre de Bonn, á las románticas riberas del Rhin, aprendió la historia griega, enseñada por su ilustre maestro Curcio, quien debió mostrarle de palabra, lo mismo que muestra en sus libros inmortales acerca de Grecia, los milagros en las artes y en las ciencias hechos por aquellas democráticas ciudades al impulso de su libertad y al amor de sus Repúblicas. Lo cierto es que, recibiendo sus cartas de ciudadanía en Londres, entrado en la orden masónica, Federico mostró su irrevocable adhesión á la causa liberal. Joven, muy joven, antes de apurar las amarguras acerbas que llevarán á su corazón los despegos del padre y los odios del Canciller, pronunció la célebre arenga de Dantzig, protestando contra las invasiones del poder monárquico en las prerrogativas parlamentarias, cual ha protestado ahora con sus actos en el testamento último de su vida. No, no fué la princesa imperial, quien permaneciera lejos de los campamentos y de los ejércitos en tiempo de guerra, el numen que le sugiriera los efectos humanitarios, cuya virtud ahorró al enemigo cuantos males y humillaciones pudo en la invasión y en la victoria. El príncipe dijo una vez, al oír expresarse en lenguaje guerrero á cierto ministro prusiano con punible volubilidad, que para provocar la guerra, debían las repúblicas asistir á ella, y ver los daños irreparables que trae, no sólo al vencido, al mismo afortunado vencedor. Guillermo I y el Canciller, siempre que coadyuvaban á una obra de paz, expedían el Príncipe imperial, como su más propio embajador y ministro. El fué á la penúltima Exposición de París, donde tanto se porfió para mostrar la trascendencia de industria y arte á los progresos materiales de las clases desheredadas. El, después de haber peregrinado por Tierra Santa y pústose de hinojos en la ciudad sacratísima que ha revelado la idea de Dios y redimido el mundo, se fué á celebrar la obra maravillosa del trabajo hercúleo, la ruptura del istmo, que ha confundido el Asia con Europa. Cuando necesitaban los reaccionarios de Berlín captarse las poblaciones meridionales de Alemania, á él acudían, y el granjeaba pactos y convenios aseguibles tan sólo á los espíritus conciliadores y á los talentos flexibles. El fué á la Dinamarca desmembrada y triste; anudó el casamiento de su hijo con la primogénita del Duque de Augustenburgo destronado; concilió al Papa con Alemania; é hizo cuantas obras de paz y de progreso han brillado en su Imperio entre los rojos y siniestros vapores de la conquista y de la guerra.

Naturalmente, para proceder así, necesitaba Federico una filosofía muy contradictoria con la filosofía predominante sobre los dioses y los cortesanos de Berlín. Si perteneciera él á la Iglesia intolerante y ortodoxa, que ha constituido frente á la infalibilidad del Papa nuestro la infalibilidad extrañísima de Lutero, y que no restaura la Inquisición antigua en la Prusia moderna por impedirle así el curso de las ideas como el curso de los tiempos, no tuviera esa grande amplitud que le ha permitido brillar como un verdadero innovador sobre los trofeos y los paveseos del aborrecible cesarismo. En la Roma imperial, Marco Aurelio y los Antoninos granjearon á sus nombres fama imperecedera, porque los inscribieron á una en las escuelas estoicas. De pertenecer al movimiento anti-semítico, bárbaro y cruel, que vuelca sobre nuestro suelo etéreo, empapado en los esplendores de la idea nueva, el infierno de los siglos medios con todas sus cóleras y todas sus supersticiones, ¡oh! jamás el Príncipe mereciera los lauros alcanzados por su memoria y las lágrimas derramadas sobre sus restos. Nadie puede olvidar aquellos dos admirables discursos, pronunciado el uno en la fiesta del reformador Lutero, y pronunciado el otro en la Universidad de Heidelberg. Lamentándose de que la revolución religiosa, cuyo espíritu redimiera el pensamiento y emancipara la conciencia, se hubiese trocado en una especie de ortodoxia mahometana, recordó Federico III como las máximas del Evangelio se agrandan al grandor de la civilización moderna, y se mezclan cual pródiga levadura con todos los humanos progresos. Y lo mismo decimos del discurso pronunciado en la universidad badense. Como ante la efigie de Lutero, el Príncipe recordó que la fe cristiana es luz, espíritu, vida, calor, progreso, bajo las viejas bóvedas por donde zumban y vuelan los enjambres esplendentes y sonoros de las ideas científicas, recordó que no puede la ciencia del hombre adquirirse con verdad y conservarse con brillo, sino mediante la libre razón, señora y soberana de los espíritus redimidos y emancipados por el derecho. Y cuando, á la vuelta de sus dos viajes consecutivos por España y por Italia, le felicitaron á una tantas comisiones germánicas, díjoles cómo volvía reanimado por nuestra luz meridional, con la seguridad completa de haberse ofrecido en todas partes á la opinión popular como nuncio de la fraternidad entre los pueblos y como representante de la paz intercontinental. Hemos padecido de tal modo bajo las amenazas de una guerra inminente, cuyos relampagueos han secado el árbol de nuestra industria y detenido el movimiento de nuestra civilización, que no podemos pasar ante los restos de un hombre consagrado á la paz y á la libertad, sin descubrirnos y decirle cuántas vidas tememos que siegue y acabe su prematura muerte.

Bien es verdad que deploramos el Emperador fallecido, tanto por él como por el Emperador que le ha reemplazado. De la paz y de la libertad hemos ido á la tiranía y á la guerra. Un periódico inglés dice que Guillermo II no trae un cetro, no, trae un látigo. En efecto, porque su

madre se procurara siempre médicos ingleses, y porque tales médicos ingleses le rompieran un día el brazo izquierdo, al nacer, dejándole con poca destreza y aptitud para manejar el sable y el caballo, Guillermo II aborrece á su madre. No ha considerado que le debe toda la vida, y ha procedido cual si le debiera tan sólo sus desgracias y sus imperfecciones en la vida. No hay que imputar, sin embargo, á su exclusiva responsabilidad todo el proceder suyo. Una educación pietista y militar hale imbuido la idea de que, ó la política paternal, aflojando los lazos de hierro con cuyos eslabones se hallan unos á otros los alemanes encadenados, perdería Alemania, necesitada del suelo de un campamento, y del temperamento de un ejército, y del rigor de una disciplina incommovible, para salvarse y sostenerse. Así Guillermo fué á los alojamientos militares donde se predica sin freno el despotismo, á las asociaciones religiosas que mantiene viva la reacción pietista por medio de unos luteranos, los cuales exceden y superan á nuestros Loyolas en la estrechez de su espíritu y en la superstición de su fe; do quier se mantiene y se predica el combate á muerte con las ideas modernas. Y sucede aún más. Hay algo que la crónica palaciega refiere y que yo no quisiera omitir para industrialos en todo lo relativo á la crisis germánica. Se dice que una célebre aventurera, nacida entre los yankees, y por hastío llegada en los últimos años á nuestra Europa, donde primero se casó con cierto príncipe austriaco, y después con cierto general alemán; lejos de imbuir en su imperial amigo aquellas ideas que imbuyó Aspasia en Péricles, le presta y le sugiere terribles afectos de odio y exterminio. Esos ojos áridos y secos del nuevo Emperador, que no lloran por su madre, mientras el mundo entero gime, nos parecen ojos de ave siniestra y rapaz alzada sobre un túmulo, bajo cuyas negras sombras yacen tantas risueñas ilusiones y tantas consoladoras esperanzas. Lo cierto es que no ha perdonado á su madre, ni siquiera viéndola como una hermana de la Caridad junto al tálamo

mo donde lo engendrara, luchar con la fatalidad y con la muerte. Quieren todos los hombres á las madres. Pero aunque llegue la orfandad tarde; aunque llegue cuando no hayáis menester á vuestros padres, ni para la educación del alma, ni para la vida siquiera del cuerpo, quiere

y sobre todo aquel talle flexible como un junco, hacían de ella lo que se llama un modelo de perfecciones en lo físico. En lo moral ya era otra cosa. Sus amigas la tachaban de coqueta; entre los pocos hombres que habían puesto los ojos en ella, corría la voz de que era mujer

uno mucho á la madre viuda, triste, llorosa, enlutada, si mantiene como una vestal, en eterno luto y duelo, aquella religión de los muertos, sobre la cual se levanta y se mantiene toda la familia. Pero los periódicos adscritos al nuevo Emperador continúan amargando más y más las penas de su madre; terribles insinuaciones respecto de la enfermedad del esposo y de la impaciencia por un fugaz Imperio corren y se difunden á una en todas direcciones; amenazas al médico designado por la Emperatriz, que resultan crueles cargos á la designataria; impedimentos para que disponga de sus hijas y vaya donde le pluguiere á pasar sus duelos y arrastrar sus lutos ¡ay! todo esto vemos, cuando no se ha cerrado todavía el sepulcro y no se han extinguido los primeros dolores por el ilustre muerto. Sólo un resplandor acaba de caer entre tantas tinieblas. Después de haber tratado el Emperador al pueblo como si fuera un ejército, y al ejército como si fuera un rebaño, reunido el Reichtag y suspensa de sus labios Europa ¡oh dicha! pronuncia un discurso pacífico. No podía menos. Tan cerca del iris no podía estar la tormenta. Yo agradezco este discurso á los manes todavía presentes del tierno y malogrado emperador Federico.

EMILIO CASTELAR

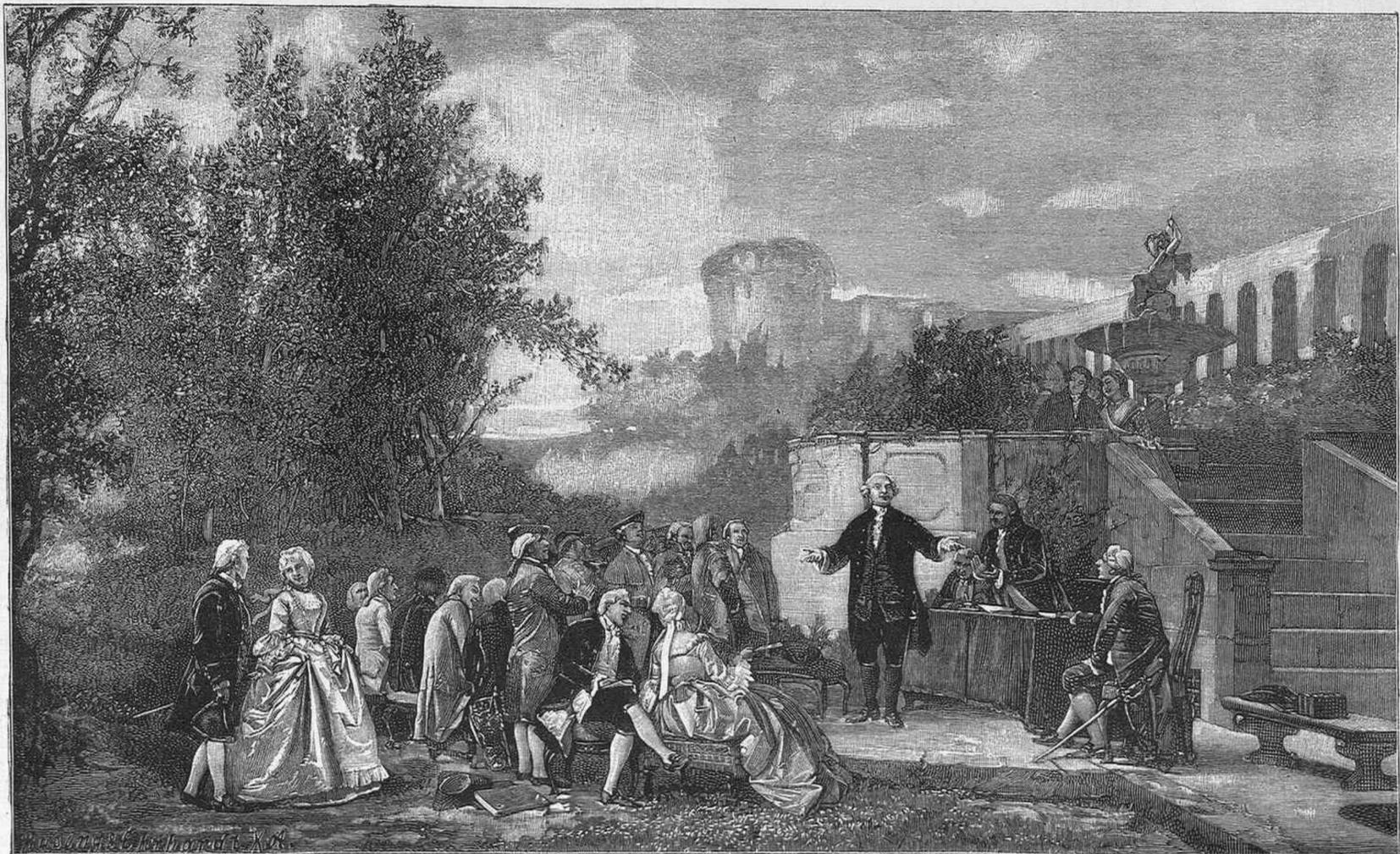
UN VESTIDO DE BODA

I

La verdad es que parecía un angel. Aquellos ojos de un azul profundo; aquel cabello castaño, lo bastante claro para tener todos los reflejos del oro y lo suficientemente oscuro para acentuar sus delicadas y correctas facciones,



EL CHOCOLATE, copia de un cuadro de Casanova



GOLDONI RECITANDO UNA DE SUS COMEDIAS EN EL JARDIN SCOTTO DE PISA, cuadro del profesor A. Catt

peligrosa, y no falta quien dijera que su afición al lujo y á las joyas era un abismo sin fondo, pronto á tragarse la más sólida fortuna.

Pero estas debían ser calumnias propaladas por la envidia, porque aquel rostro no podía ocultar otra cosa que un alma tan pura como el azul del cielo. Sus diez y ocho años y su educación de niña mimada disculpaban sus defectos.

El general lo había comprendido así. Como él decía, á sus cincuenta y dos inviernos bien conservados, convenía ya la situación de cuartel; y echando la llave á su vida de aventuras, en la cual había interesado siempre su pingüe patrimonio y nunca su corazón, había concluido por enamorarse de Pura, con algo de la pasión del amante y con mucho del protector cariño de un padre.

Pura había aceptado con orgullo aquel amor. Sentir sobre su brazo el reclamo de los dos entorchados; llevar el mismo nombre que el héroe de tres campañas, y más que nada sustituir al eterno *landeau* de su madre los vistosos trenes con que el general halagaría su orgullo, cosas eran sobradas para no hacerla titubear.

La petición oficial se había hecho en toda regla, la pesada tramitación se había abreviado todo lo posible, los regalos se habían comprado y ya no faltaban más que los últimos detalles. Antes de una semana Pura había concluido esa carrera, para que no hay doncella que no se sienta con vocación.

II

La primer cosa que el general se había reservado con particular empeño era la confección del vestido de boda de su prometida. Indudablemente quería que fuera una obra maestra; y Pura, que, conocía aquel deseo, le esperaba con la impaciencia con que espera el niño el juguete prometido.

Por fin el traje llegó. Era con efecto una verdadera maravilla de riqueza y de buen gusto, en el que no se sabía que admirar más, si la profusión y el coste de los encajes de Malinas y de Chantilly, ó lo atrevido del corte y lo nuevo del adorno.

Pura al verlo, sintió un verdadero desvanecimiento. Todo cuanto de fantástico había imaginado en sus ensueños, resultaba pálido ante la realidad. Su poderosa imaginación no había podido llegar tan lejos como la del artista.

Una duda, sin embargo, la asaltó de pronto. ¿Interpretaría el raso con toda exactitud la incopiable flexibilidad de su talle? ¿No disvirtuarían en nada aquellas suaves ondas de espuma la pureza de sus líneas? Quedar más tiempo en la incertidumbre era morir. No pudo resistir á la tentación y con los nerviosos movimientos de ave acosada que le eran peculiares, asió la caja y se encerró en su tocador con su doncella.

Un cuarto de hora después, salía del inaccesible santuario recordando aquel verso del poeta florentino:

Creatura bella bianco vestita.

Para tener completa semejanza con esos ángeles adultos que se ven en los cuadros místicos, no le faltaban más que las alas. Hasta el círculo de impalpable luz que rodea aquellas figuras, parecía desprenderse de la immaculada nitidez del raso, combinada con el ligero color de hueso de los encajes.

El vestido no hacía una ligera arruga. Pura al verse copiada en la diáfana luna del espejo quedó satisfecha de dos cosas: la primera de su hermosura; la segunda de aquella obra maestra de sastrería.

En su inmensa satisfacción, no echó de menos ningún detalle. El general que la contemplaba con religioso arrobamiento, saliendo al fin de su éxtasis, la preguntó:

— ¿No nota V. una falta?
— ¡Ninguna! se apresuró á decir la niña.
— Y sin embargo la hay, prosiguió el veterano. ¿No ve V. ahí sobre su corazón, una presilla?
— Ah ¡sí! respondió Pura.



EL NIÑO JESUS, estatua tallada en madera por Pedro Barbará. Presente del artista á S. M. la Reina Regente durante su estancia en Barcelona.

El general sacó de uno de sus bolsillos un estuche que presentó abierto á la futura desposada. Sobre su forro de terciopelo azul, se destacaba un diminuto ramo de azahar sujeto por un broche de brillantes.

Pura colocó apresuradamente aquel trofeo de su pureza sobre su pecho; pero sea que la presilla fuese un poco grande ó que el alfiler que sujetaba el broche estuviera montado con demasiado atrevimiento, el ramo de azahar cabeceó.

— ¡Se vá á caer! — murmuró llevándose la mano al pecho.

— No hay cuidado, — contestó el general dirigiendo una maliciosa mirada á la madre de Pura. — Tengo completa seguridad en su solidez.

La joven hizo un ligero gesto de duda, pero no insistió más. De allí á media hora, Pura, despojada de sus galas, volvía al lado del que muy en breve había de ser su esposo.

III

La fiesta había sido espléndida. La capilla del hotel que estrenaban los recién casados había parecido un ascua de oro. Un obispo había echado las bendiciones sobre los cónyuges y un delicado refresco había puesto término á las enojosas expansiones de un centenar de convidados. Para que no faltara nada, hasta el ayudante del

general, que había servido de testigo á la boda, lucía por vez primera las insignias del nuevo grado, que el influjo del general le había proporcionado. De ese modo contestaba el afortunado esposo á la maledicencia que se obstinaba en ver á el joven y apuesto capitán uno de los más rendidos adoradores de Pura.

La proximidad de la hora en que el tren debía conducir á los recién casados á una de las más afamadas playas de la frontera francesa, había iniciado la dispersión general. Apenas quedaba ya algún extraño en la casa. La misma Pura, que en todo el día había tenido otra preocupación que cerciorase de que el ramo de azahar estaba en su sitio, había ido á sus habitaciones á cambiar el traje de boda por el de marcha.

Cuando el general se vió sólo, sintió una de esas impaciencias que sólo los niños y los viejos no pueden dominar. Se convenció de que nadie podía verles, y recatando el paso como el que va á cometer una mala acción, se dirigió al tocador de su mujer.

La puerta estaba entreabierta. Sólo una espesa cortina le separaba del tesoro de que la Iglesia le acababa de hacer dueño. Ya iba á levantarle cuando de pronto se detuvo. Pura no estaba sola. Al murmullo de su voz tímida y asustada, se mezclaba la de un hombre. El general oyó clara y distintamente estas palabras:

— En el nombre seré de él; en la realidad tuya sólo.

Después se escuchó un doble beso.

El general ébrio de furor, descorrió la cortina y penetró en la estancia.

Pura al verle, se escapó de los brazos del ayudante.

Un segundo después sonó un tiro y el general con un revolver en la mano, salió afectando la más tranquila serenidad de aquel lugar de sangre.

La primer persona con que tropezó fué con la madre de la que poco antes le había dado la mano de esposa.

— ¿Qué es lo que ocurre? preguntó la anciana en el colmo de la ansiedad.

— ¡Nada! respondió el general con fría calma. Que tenía razón Pura; el ramo de azahar estaba á punto de caerse y yo le he sujetado.

Con efecto, la bala al buscar el corazón de la víctima habrá penetrado al través de las menudas flores que completaban el traje de boda.

ANGEL A. CHAVES

NOTICIAS VARIAS

EL ISTMO DE PEREKOP. — Escriben de Odesa con fecha 17 de mayo último, que se han inaugurado los trabajos para la apertura de un canal á través del istmo, que une la península de Crimea á la Rusia europea. Los trabajos han comenzado por ambos extremos á la vez, al Este y al Oeste, y según el trazado, el canal ha de atravesar el Gontchar y el Sivasch, de Perekop á Guenitchesk, en una longitud de 111 kilómetros.

(Del periódico: *La Nature*)

PLAGA DE RATAS. — Dice un diario de Pekín que hace dos años que una invasión de ratas está causando estragos en el distrito de Ulliasutai, en la Mongolia; devoran toda la hierba de los prados hasta el extremo de no dejar qué comer á los animales útiles. Los correos del imperio han tenido que modificar sus itinerarios, porque las casas de postas no podían suministrar relevos, fuera de que las excavaciones de las ratas hacen ya impracticables los caminos.

(De *La Nature*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN